

Maya 6 - 1951

FEMINISMO

(Especial para EL CORREO DE COLOMBIA).

ELENA LASERNA PINZON

Hace ya seis meses que dejé Bogotá con la intención de viajar por países más adelantados que el nuestro para adquirir conocimientos que pudieran orientar mis ideas de renovación en la educación femenina. No he tenido todavía bastante preparación y mis conceptos no son inspirados por la lectura de revistas o libros. Tengo una idea propia de la vida, de lo que debe ser nuestra personalidad, y me he preocupado por que mis actos estén de acuerdo con esta idea, que, por lo mismo que es personal, podría quizás considerarse como de escaso fundamento.

Para comprender tal orientación y poder practicarla sin temor de llegar a algo inútil o imposible, quise salir de Colombia en busca de campos más propicios.

El brusco traslado a un medio tan extraño, de características tan variadas e interesantes, como éste de Norteamérica, ha producido en mí un movimiento desordenado, pero afortunado, puesto que me ha hecho comprender la extrema delicadeza del problema de nuestro feminismo que antes creí tan fácilmente practicable.

Observando algunas costumbres de Estados Unidos, que es el país de las innovaciones y donde tan desarrollado se halla el feminismo, he comprendido por qué algunos se oponen en nuestros países latinos a lo que sea movimiento feminista. Algunas de estas personas tienen razón; por ejemplo, aquellas que ven en la feminista a la "mujer-hombre", a la sufragista, a la que pretende que el marido esté en la casa y cuide de los niños mientras ella está en alguna reunión con camaradas de ambos sexos, discute sobre política o fuma y bebe en un café.

Yo, como feminista de convicción, pienso que esto es ridículo, detestable e inmoral, y que no hay derecho de llevar una existencia enteramente contraria a las leyes naturales y sociales escudándose tras de un nombre que debe resumir ambiciones justas y nobles deseos de ser útil y vivir con plena conciencia de la misión que ha que cumplir en la vida. Esto no es feminismo sino anormalidad o incom-

con que es oída, sobre todo por los representantes de generaciones pasadas.

Siempre he creído que el feminismo es una fuerza, natural en la mujer, que necesita expansión, estudiando y capacitándose para llevar una vida independiente; es decir: libre de prejuicios de inferioridad mental y de yugos muchas veces únicamente forzados por la ignorancia. Nunca he entendido por vida independiente el hecho de dedicarse a hacer lo que se quiera y a darse gusto en placeres que desprestigian y arruinan. Si buscamos nuestra liberación entregándonos a hacer lo que nos corresponde, no haremos con ello más que aumentar las dificultades que se nos presentan y justificar, en cierto modo, el pobre concepto que de nosotros se tiene.

Para nuestro feminismo no es preciso imitar ideas extranjeras, algunas de las cuales no podríamos adoptar sin detrimento de nuestra naturaleza; nuestro feminismo debe emanar de nosotras mismas, de nuestras necesidades, de los sufrimientos de tantas que quisieran haberse capacitado para luchar y vivir por sí mismas.

Las muchachas que nos educamos ahora somos las llamadas a prepararnos para entrar en esta labor benéfica que debe tender a nuestro perfeccionamiento y al adelanto de nuestra Patria. A mis compañeros de infancia y de ideales quisiera yo dedicar estos conceptos que son la expansión del gran desconcierto producido en mí por la inexplicada por la iniciación en la vida aquí, abierta, franca, libre de preocupaciones sentimentales, sin prejuicios, sin arriere-pensées en actos ni en juicios.

Razonable y resueltamente formemos una noble concepción del feminismo que no se escude tras el egoísmo. Nuestro feminismo debe ser altruista para mejorar la condición universal, puesto que educando a la mujer se educa al niño y se mejora al hombre.

Debemos conseguir el interés por el estudio y la constancia y la seriedad en él pero sin perder la inclinación al idealismo propio de nuestra raza latina que nos coloca un poquito más allá de la vida.

Este idealismo no lo tiene una muchacha americana; para ellas no existe esas compli-

llo trozo de música. Son tantos los "flirts", libertades y confianzas que hay aquí entre muchachos y muchachas, desde que éstas son unas chiquillas que juegan con muñecas, que para la mayoría de ellas es completamente desconocido el gran sentimiento del amor. Lo caricaturizan con citas y pasiones de capricho que ahogan poco a poco la gran ternura que puede haber en ellas. Aquí donde mejor se ve el amor es en películas y hay que mirarlo a través del lente cinematográfico.

Parece que estas niñas no pusieran entusiasmo ni afecto en nada. Nosotras en cambio nos sentimos siempre impulsadas por algo, que aunque sea curiosidad que, en ocasiones, termina tan fácilmente como comenzó. Comenzamos el estudio de piano—por poner un ejemplo—y una fiesta es suficiente para interrumpirlo por una o varias semanas, pues tenemos la fiesta, los comentarios, las críticas, etc....

Para ellas todo pasa más ligero, la propia comodidad está por encima de todo son pocos los incidentes que llegan a afectarlas realmente.

Lo que nosotras debemos hacer es adquirir lo bueno de los otros países y deshacernos de lo malo nuestro. Cultivemos el espíritu, adquiramos cada día nuevos y útiles conocimientos, comprendamos la realidad sin desechar nuestro idealismo y procurando contribuir en el bienestar general. Entremos en la vida práctica sin metalizarnos. Vivamos en sociedad sin darle a ella todos nuestros pensamientos ni consagrar nuestra ambición a ser elegantes y bonitas. No veamos en el matrimonio el único horizonte que nos ofrece la vida; ni vayamos a él por librarnos de preocupaciones materiales. Muchas veces destruimos nuestra vida vendiendo nuestra dignidad por asegurar la comodidad.

He observado que aquí la mujer no encuentra nunca esas consideraciones, ese respeto, ese casi culto que nos rodea y nos vuelve vanidosas en los países latinos. La mujer americana usa de todos sus derechos pero jamás ocupa el puesto que tenemos nosotras en la sociedad y, tal vez, a pesar de nuestra ignorancia en la estimación de los mismos hombres.

Qué pensarían nuestros muchachos si un buen día les tocara de vecina en la Universidad una muchacha oliendo a cigarrillo que les lanzara miradas provocativas con la in-